

DIRTY WORKS

EL HOGAR ETERNO

William Gay



Traducción Javier Lucini

WILLIAM GAY (1941-2012) nació en Hohenwald, Tennessee, el mayor de tres hermanos de una familia de aparceros pobres. Su abuelo y su padre mataban la pena tocando el banjo en el porche de una casa sin electricidad, él lo hacía escribiendo y leyendo *El ángel que nos mira* de Thomas Wolfe a la luz de una lámpara de aceite. Uno de los momentos más importantes de su vida fue dar en el estante de la tienda de ultramarinos con la edición en bolsillo de *Un hombre bueno es difícil de encontrar* de Flannery O'Connor, «los 35 centavos mejor gastados de toda mi vida». De adolescente jamás rehuyó una pelea. Su padre tuvo que vender una vez el banjo para sacarle del calabozo. Al terminar el instituto se unió a la Marina y prestó servicio en Vietnam. Nunca se llevó muy bien con la autoridad. A su regreso pasó una temporada en el Village de Nueva York y en un gueto *redneck* de Chicago. Se casó, volvió a Tennessee y tuvo hijos. Trabajó de carpintero, de instalador de paneles de yeso y de pintor de brocha gorda. Durante el día se deslomaba para llevar el pan a la mesa y por la noche sacaba una silla y se ponía a escribir junto al bosque. Cuando sus hijos crecieron y se fueron de casa, el matrimonio no resistió las penurias. Se divorciaron y William vivió durante un tiempo en compañía de una araña. Unos viejos vaqueros, una camisa resistente, un abrigo y un sombrero. No necesitaba más. Luego se trasladó a un tráiler en Grinder's Creek. Hasta 1998 no vería su primera novela publicada; tenía 57 años. En sus últimos días vivía en una cabaña de troncos. Tenía calefacción central pero nunca la encendía, prefería su estufa de leña, cedro fresco. Escuchaba la *Anthology of American Folk Music* de Harry Smith y le gustaba

AC/DC tanto como William Faulkner. Pintaba, conversaba con su perro, descuidaba el jardín y tenía una vieja postal de James Dean en *Rebelde sin causa* en la puerta de la nevera. Alguien le describió una vez diciendo que tenía el aspecto de un hombre al que le han pegado un tiro.

EL HOGAR ETERNO

EL HOGAR ETERNO

William Gay

Traducción Javier Lucini

DIRTY WORKS
— Est. 2014 —

Título original:
The Long Home

MacMurray & Beck, 1999
Primera edición Dirty Works: Marzo 2019

© William Gay, 1999

© 2019 de la traducción: Javier Lucini
© de esta edición: Dirty Works S.L.
Asturias, 33 - 08012 Barcelona
www.dirtyworkseditorial.com

Traducción: Javier Lucini (con la crucial asistencia de Tomás Cobos)

Diseño de cubierta: Nacho Reig

Ilustración: © Antonio Jesús Moreno «El Ciento»

Maquetación: Marga Suárez

ISBN: 978-84-19288-15-8

Producción del ePub: booqlab

«Los días se desgranán en minutos y zumban como moscas que regresan al hogar para morir; cada momento es una ventana sobre el tiempo.»

THOMAS WOLFE, *El ángel que nos mira* (1929)

«Sobrevendrá el temor por las alturas y por los peligros del camino. Florecerá el almendro, la langosta resultará onerosa y no servirá de nada la alcaparra, pues el hombre se encamina al hogar eterno y rondan ya en la calle los que lloran su muerte.»

ECLESIASTÉS 12:5

Agradecimientos

El autor quisiera reconocer la deuda contraída con su editor, Greg Michalson, así como darle las gracias por su paciencia y su talento. También le gustaría expresar su agradecimiento a Renee Leonard por su ayuda en la organización de este manuscrito.

Esta primera novela es para mi primogénita, Lee Gay Warren, con amor y gratitud, y con la certeza de que su confianza nunca flaqueó.

PRÓLOGO
1933



Thomas Hovington estaba cruzando el jardín trasero cuando oyó un sonido que hizo que se le cayese el saco de pienso y se quedase de piedra. Era un sonido extraño que parecía proceder de las entrañas de la tierra, de algún lugar situado bajo sus pies, un estruendo sordo, amortiguado, que hizo que le castañeteasen los dientes y que vibrasen a sus espaldas los cristales sin masilla de las ventanas. Aún seguía paralizado cuando volvió a retumbar por debajo del río, algo parecido a un estrépito de piedras enormes rodando por galerías subterráneas, o como si se hubiese desatado una tempestad en las cavidades del mundo, con relámpagos invisibles que restallaban por sepulcros oscuros, lustrosos y húmedos, mientras la faz de la tierra temblaba a causa de la reverberación de los truenos.

Regresó desconcertado al porche y se sentó a contemplar aquella tierra en cuya solidez siempre había confiado. En aquel entonces, Hovington era un veinteañero y aún no se le había encorvado la espalda. Hacía poco que se había metido en el negocio del alcohol de contrabando y seguía atormentándole un vago vestigio religioso, heredado de la infancia, que le hacía buscar señales de castigo divino por todas partes. Aquello bien podía tratarse de una señal. Una advertencia.

Si se trataba de eso, el aviso no se andaba con sutilezas. Cuando volvió a tronar fue como si hubiese estallado un camión cargado de dinamita y, casi al momento, el río empezó a abombarse lanzando agua y piedras por todas partes. «¡Pero qué demonios...!», exclamó. Se cubrió la cabeza con los brazos y, sin pensárselo, se puso en pie de un salto; las piedras caían sobre el tejado produciendo un estruendo ensordecedor y, por encima de la corriente, emergió intacto un lecho flagrante de piedra caliza que se quebró en grandes losas, cada una del tamaño de medio coche. Una esclusa de agua proyectada hacia las alturas.

Hovington se encogió acobardado bajo la marquesina del porche intercalando rezos y juramentos en previsión de cualquier eventualidad. La nube de roca pulverizada flotaba y se disolvía en el agua, la corriente había crecido de manera considerable. Al cabo de un rato, el río recuperó su cauce habitual y todo volvió a la calma.

En cuanto logró armarse de valor, avanzó entre las piedras hasta la orilla. A unos cincuenta metros de la casa, la tierra se había abierto formando una brecha de entre dos y tres metros de ancho. La bruma de roca pulverizada seguía suspendida sobre el abismo. Percibió un olor parecido al de la cordita.

Azufre, murmuró. Se asomó a las paredes de la brecha. La roca lisa caía en picado y se hundía vertiginosamente en la negrura. Dejó caer una piedra y la oyó rebotar en las paredes del agujero hasta que se perdió en las tinieblas, no llegó a oírse el impacto contra el fondo.

Cortó unas varas de castaño y construyó una cerca de algo más de un metro de altura alrededor de la brecha. Al principio permaneció silenciosa, pero a los pocos días comenzó a ascender un murmullo desde lo más hondo: había que aguzar el oído para poder escucharlo, y aun así era un sonido remoto, indefinible. Algunos lo compararon con un enjambre de abejas, otros estimaron que no era más que el rumor de las aguas subterráneas. Hovington determinó que eran voces. Se dirigían a él con lánguidos presagios y si persistía en la escucha podía llegar a distinguir dos voces distintas, punto y contrapunto, pregunta y respuesta. No pudo evitar preguntarse sobre los asuntos que tendrían que tratar aquellas gentes tan extrañas, en qué lengua se expresaban.

Nathan Winer era nativo del condado, se ganaba la vida como carpintero y cultivaba por su cuenta todo lo que podía. Tenía esposa y un hijo de siete años que también se llamaba Nathan. Eran como dos gotas de agua.

–En esta vida, si no quieres que metan las narices en tus asuntos, lo mejor es que no las andes metiendo tú en los asuntos de los demás –solía advertirle al crío.

Pero en la primavera de 1932 no le quedó más remedio que desoír su propio consejo y salir en busca de Dallas Hardin, el hombre que se había instalado en la propiedad de Hovington y se había adueñado no solo de su

negocio de contrabando de alcohol sino, según decían, también de su esposa, Pearl.

En el último año la salud de Hovington se había resentido tanto que ya ni salía de la cama. Tenía la columna retorcida como una barra de metal que Dios Todopoderoso hubiese calentado hasta volverla maleable para luego empuñarla y doblarla a su antojo. Ni siquiera podía girarse solo. La enfermedad que acabaría matándolo ya se incubaba en su interior. Por el día permanecía encogido junto a la ventana desde la que podía contemplar el escaso trasiego de la carretera al otro extremo del jardín. Por la noche solo veía su propio reflejo iluminado por la luz de la lámpara con la habitación de hastiado telón de fondo.

La casa contaba con cuatro habitaciones. El amplio cuarto de enfrente donde dormía Hovington (donde, en realidad, vivía) y donde también dormía su hija de negros cabellos en un catre plegable del ejército que durante el día se doblaba y hacía las veces de sofá. Una cocina. Un dormitorio para Hardin y la mujer de Hovington. Y un cuarto que se utilizaba para almacenar trastos viejos y el stock de cajas de cerveza y vino del negocio que se traía Hardin entre manos.

Hardin salió de la cocina con una lámpara de petróleo de esquisto justo en el momento en que alguien aporreaba la puerta. Dejó la lámpara sobre el mueble de la máquina de coser y fue a abrir. El viento de la noche lluviosa se coló por la rendija e hizo vacilar la llama, se desbarató y titubeó dentro del globo de cristal antes de volver a recuperar su vigor.

–Tú y yo tenemos que hablar, Hardin –dijo Winer.

La luz de la lámpara destelló en las fundas de oro de sus dientes.

–Pues pasa un momento y resguárdate del aguacero.

–Quiero hablar contigo aquí fuera.

Hardin descolgó el sombrero del clavo que había junto a la entrada, salió al jardín embarrado y cerró la puerta a sus espaldas. Desabrigado, se situó frente a Winer bajo la lluvia.

–¿Qué es tan importante para que tengas que contármelo bajo la lluvia? –preguntó.

–Vengo a decirte una cosa –dijo Winer. Estaba plantado con las piernas abiertas, las manos bien enterradas en los bolsillos del abrigo, la cabeza un poco hacia atrás y el rostro pétreo y arrogante bajo la ruina de su sombrero–. He encontrado tu alambique en mis tierras, eso es lo que vengo a decirte. Por mí perfecto, como si destilas whisky hasta que te llegue al culo, pero no en mis tierras. Si la policía hubiese dado con ese alambique se me habría echado encima a mí, no a ti.

–Esa era precisamente la idea –dijo Hardin–. No lo habrás roto...

–Por supuesto. Y tampoco cuentes con el puto whisky.

–No debiste hacerlo.

–Que te jodan. De no haber pesado tanto habría cargado con ese maldito trasto y lo habría tirado aquí mismo, en tu jardín. No sé quién eres ni de dónde has salido. Tampoco sé a qué clase de trato habrás llegado con Hovington. Pero te lo advierto. No juegues conmigo. Como una sola pieza de esa condenada cosa vuelva a aparecer en mis tierras, tú y yo vamos a tenerla.

El rostro de Hardin cambió de expresión, como si de repente se le hubiese tensado la piel.

–Jamás he acatado órdenes de un granjero paleta y ya no tengo edad para empezar a hacerlo.

Winer le agarró con violencia de la pechera de la camisa, le dio unas cuantas sacudidas y le abofeteó con la mano abierta, acto seguido le dio un empujón y le hizo caer de espaldas en el barro. Hardin parecía un pájaro ebrio caído del cielo, las piernas se le doblaban como si fuesen demasiado endebles para soportar su peso: sentado y tambaleante, se puso a buscar a tientas su pistola. Winer vio lo que se proponía y se abalanzó sobre él sacando un cuchillo con una mano y abriéndolo con la otra, pero a Hardin le dio tiempo a dispararle en el ojo izquierdo. Cayó de bruces, como algo suspendido de una soga que de pronto hubiesen cortado, y aterrizó de lado sobre Hardin, un peso muerto que por un momento le dejó clavado en el suelo. Trató de quitárselo de encima profiriendo toda clase de maldiciones, podía sentir la sangre de Winer goteándole por el costado. Se revolvió y logró desembarazarse del cuerpo desgarrándose la camisa ensangrentada al levantarse.

Permaneció un momento inclinado bajo la lluvia, con las manos apoyadas en las rodillas, sin aliento. La puerta de la casa se entornó, un haz de luz amarilla se vertió por el jardín y la lluvia plateada cayó a plomo sobre el recuadro iluminado.

–¿Dallas? –llamó Pearl.

Se oía el percutir de la lluvia sobre el tejado de chapa. El cuchillo resplandecía a medio abrir en el barro, junto a sus pies.

–Cierra la puta puerta –dijo.

La luz desapareció. Recogió el cuchillo y lo limpió en la pernera del pantalón. Lo cerró y se lo guardó en el bolsillo. Dejó pasar unos segundos pensando qué hacer.

Luz pálida desde el cielo supurante. Bajo esa luz, el rostro de Winer vuelto hacia arriba, el ojo derecho mirando sin pestañear, el izquierdo un agujero negro, sus largos cabellos desplegados y resbalando en el barro, su cabeza dejando una huella parecida a una estela por el jardín resbaladizo. La boca ligeramente abierta, un destello de luz extraviada en sus dientes de oro.

Hardin lo tenía bien agarrado por los pies, una pierna bajo cada brazo, y avanzaba de espaldas por el jardín en dirección al manantial. Winer era un hombre corpulento, por lo que cada pocos minutos tenía que detenerse para descansar y recuperar el aliento. Se agazapó sobre los pies del muerto para escrutar el tráfico de la carretera. Comprobó que no venían coches, se incorporó, volvió a alzarle las piernas y se apresuró a cruzar la calzada hasta desaparecer de nuevo entre los matorrales, donde pudo respirar tranquilo. La marcha resultó bastante fatigosa hasta el borde calcáreo del agujero. Una vez allí, pudo moverse con mayor soltura, la cabeza de Winer iba rebotando sobre la superficie irregular de la roca. Lo arrastró entre las madre selvas hasta el borde del abismo e hizo un alto para registrarle los bolsillos y apoderarse de sus miserables pertenencias. Un puñado de monedas sueltas llenas de pelusa y un reloj de bolsillo barato que al llevarse a la oreja comprobó que estaba parado. Poco, le pareció, para dar cuenta de una vida tan larga.

–Echa un último vistazo a este mundo –le sugirió al cadáver–. Me da que el que te espera va a ser muy oscuro.

Las profundidades del abismo eran de una negrura insondable. Como un pozo abierto a un mundo estigio que supurase unas tinieblas dispuestas a invadir el nuestro. Hizo rodar el cadáver con el pie hasta que las piernas se descolgaron oscilantes sobre el borde del precipicio, entonces el cuerpo se desequilibró cobrando una ilusoria verticalidad y el rostro pasmado de Winer fijó en Hardin un ojo feroz e impotente antes de ser devorado por las sombras.

DIRTY WORKS

— Est. 2014 —

dirtyworkseditorial.com



LIBRO UNO
1943



William Tell Oliver salió del bosque a un terreno cultivado en su día por los mormones en el que ahora campaban a sus anchas el sasafrás y los cedros, pequeños retoños de sasafrás gruesos como su brazo aunque, quiso recordarse a sí mismo, no tan gruesos como sus brazos en aquel entonces, la vejez no perdonaba a nadie y la carne, en parte, se le había ido descolgando con el paso del tiempo. En cualquier caso, no era algo que le obsesionara, el mero hecho de seguir vivo era motivo más que suficiente para sentirse afortunado.

Llevaba al hombro un saco de harina cargado de ginseng. El sudor le ensombrecía la camisa azul en la espalda y hacía que se le pegase a los hombros. En la espesura estival del bosque ni la más leve brisa perturbaba la calma, pero aquí fuera, donde el campo descendía abruptamente entre la maleza y la piedra, soplaba un viento desde el oeste que se deslizaba entre las hojas, brillantes como mercurio, y hacía que los retoños se inclinasen.

Hizo un alto a la sombra de un álamo, se descolgó el saco, lo dejó caer al suelo y alzó la mirada haciéndose visera con la mano. El cielo era de un candente azul cobalto, pero hacia poniente se oscurecía de manera gradual hasta volverse de un gris metálico y sin brillo, el color que se imaginaba que adoptarían los mares antes de las tormentas. Una bandada de pájaros pasó volando entre chillidos agudos y entrecortados, como si hubiesen adivinado una amenaza implícita en la atmósfera, y él concluyó que se avecinaba un aguacero.

Plantado así, con la parte superior del rostro en sombra, todo el peso del sol se le concentraba en el mentón y en el cuello, una piel tan curtida y bronceada por la intemperie, tan avejentada por el tránsito incesante de los años, que había acabado adquiriendo la textura de un material a la postre inmutable a los cambios climáticos, como si no hubiese cesado de evolucionar desde el día en que vio la luz y por fin se hubiese transformado en una suerte de correa de cuero impermeable a los elementos y al paso del tiempo,

encordada, arrugada y llena de cicatrices, tensada con fuerza sobre los pómulos y el puente de la nariz, que le daba a su rostro aspecto de indio.

Se agachó a la sombra para descansar. En el bosque había recurrido a su pipa para ahuyentar a los mosquitos, pero ahora la apagó golpeándola contra una piedra y cuidándose de extinguir hasta la última brasa, porque el bosque y los campos llevaban secos desde la primavera y él era un hombre al que cualquier precaución le parecía poca.

Colina abajo, el tejado de chapa de Hovington se cocía al sol, el arroyo resplandeciente discurría al otro lado de la carretera y la carretera era como una cuchillada roja y serpenteante que se desangraba en un mundo de verdor. Se sentó en silencio y recuperó el aliento, un anciano contemplando el paisaje con infinita paciencia, sin más apuro que el de un árbol o una piedra. El lugar estaba cambiando. Habían levantado una estructura nueva con bloques de cemento y el encalado brillaba con tanta intensidad que hacía daño a la vista. Postes de luz que parecían nuevos punteaban la carretera, cables eléctricos ensartados a la parte posterior de la casa.

Sin embargo, un gen de clarividencia, antigua herencia de sus antepasados celtas, discernió en la configuración de la casa y el granero, en la gradación de la colina, la pendiente y la carretera, algo más profundo, una desviación infinitesimal que distinguía aquel lugar de cualquier otro, que lo volvía sagrado, o maldito: los mormones, en su día, lo declararon sagrado y allí mismo decidieron construir su templo. Los capuchas blancas se encargarían de convertirlo en maldito con su inmediata aniquilación, con las hileras de tumbas sobre las que después crecerían sus descendientes y el bosque.

Llevaba toda la vida oyendo que en aquel lugar se veían luces por la noche, la gente se refería a ellas como luces minerales, fuegos fatuos. Escalofriantes bolas fosforescentes que se quedaban suspendidas sobre el dinero que supuestamente habían enterrado los mormones. Oliver dudaba que allí hubiera o hubiese habido alguna vez dinero enterrado, pero no podía evitar sonreír al acordarse de Lyle Hodges. Hodges había sido el propietario de aquellas tierras

antes de que Hovington se las comprase a causa del impago de impuestos, y Oliver suponía que Hodges habría cavado hasta el último metro cuadrado de tierra maleable a golpe de pico y pala. Esa había sido su vocación, su oficio, salía con las herramientas cada mañana, siempre que el tiempo lo permitía, y se ponía manos a la obra como quien sale a trabajar a la granja o acude a su puesto en la fábrica, por las noches desplegaba sus extraños mapas trazados a mano, estudiaba sus inscripciones ilegibles y se ponía a cavar como un arqueólogo demente en busca del orden y el régimen de una era remota, mientras su mujer y su hijo se deslomaban tratando de extraer algo mínimamente aprovechable de una tierra que en última instancia acabaría produciendo solo whisky libre de impuestos. Incluso ahora, cubiertos de maleza, a Oliver no le resultaría complicado dar con los montículos dejados por el anciano, cráteres acribillados como tumbas a medio acabar y abandonadas apresuradamente. Hodges trabajó sin descanso hasta el día de su muerte, alentado por sus sueños. Oliver pensaba que no había nada malo en hacer eso, aunque sus propios sueños no habían resistido muy bien la prueba del tiempo.

En el cuadrante superior izquierdo de su campo visual, por la carretera recocida y seca, apareció un coche remolcando una estela ascendente de polvo. A medida que se fue aproximando vio que se trataba de un coche patrulla y se sintió invadido por un repentino indicio de drama, el preludio de una historia, así que se acomodó para no perder detalle.

A sus pies se escenificó un cuadro silencioso: el coche se detuvo en el jardín de la casa de Hovington (de Hardin, pensó) y se bajó Cooper, el ayudante del sheriff, que se quedó un momento de pie en la postura intemporal que acostumbran a adoptar los policías antes de dirigirse sin apuro hacia el porche con un aire entre arrogante y deferente. Hardin salió a recibirle. Estuvieron charlando un rato, el ayudante del sheriff hacía aspavientos con las manos, parecía estar transmitiendo una información importante, aunque desde allí arriba Oliver no podía oír una sola palabra.

Tampoco es que hiciera falta. Hardin se sacó la cartera y se puso a contar dinero sobre la mano expectante de Cooper. Bueno, bueno, pensó Oliver, pues parece que vamos a asistir a un buen espectáculo. A Oliver ya no había nada

que le sorprendiera y, en ocasiones, pensaba que ya había visto todo lo que había que ver, aun así se quedó observando tras el álamo. Se sacó del bolsillo una botella plana de agua tibia, se enjuagó la boca, escupió y bebió. Pensó por un momento en el fresco manantial que había detrás de su casa, pero se resistió a marcharse.

El coche patrulla se alejó. Casi al momento, el valle se puso a hormigear de actividad, como un avispero tras ser golpeado con una piedra: Hardin cruzó a zancadas el jardín hasta el Packard negro y lustroso, lo arrancó y lo acercó marcha atrás al porche, salió sin apagar el motor, abrió las cuatro puertas, desbloqueó la cubierta del maletero y la subió. Pearl salió de la casa con una caja de botellas de cuarto de litro y las metió en el coche. La hija de Hovington, con su largo cabello negro oscilando a su paso, salió también a toda prisa con una caja de cartón. Por encima del ralenti gutural del Packard, Oliver podía distinguir el restallido casi permanente de la puerta mosquitera y voces ocasionales, entre ellas la de Hardin, dando órdenes.

La puerta de atrás se abrió de golpe y salieron dos soldados uniformados en compañía de una mujer que cruzaron tambaleantes el jardín en dirección al follaje cada vez más frondoso que cercaba la sima. Uno de los soldados tropezó, cayó al río y se levantó maldiciendo; las brillantes esquirlas de la risa de la mujer ascendieron hasta los oídos de Oliver como un regalo de origen dudoso.

Cuando el coche estuvo cargado, Hardin y la chica se subieron y se pusieron en marcha hacia el este, alejándose del pueblo.

Al cabo de unos instantes, la brisa inclinó los juncos en su dirección y le secó el sudor de la cara transformándolo en un barniz salado que sintió que le contraía la piel. Las nubes veloces perseguían sombras por el campo. En el punto donde se asomaba entre las colinas el cielo estrangulado, nubes oscuras y claras se superponían en capas sucesivas como un líquido multicolor que se negaba a mezclarse. Había refrescado. Se puso en pie agarrotado y se aferró al bastón que había tallado con sus propias manos. Al levantarse, como un fenómeno inducido por la tormenta inminente, vio tres coches que avanzaban por la carretera, el sheriff y otros dos vehículos de la policía estatal de Tennessee. Cuando giraron para entrar en el jardín, se produjo un breve berrido de la sirena, se bajaron y se encaminaron sin perder ni un segundo

hacia la casa. Retumbó un trueno, débil y distante. Pearl salió y se quedó apoyada en uno de los pilares del porche con los brazos cruzados, esperando con aire de estoica paciencia. El anciano sacudió la cabeza y sonrió para sus adentros antes de darse la vuelta y adentrarse de nuevo en el bosque.

Los árboles se movían, ahora el viento murmuraba siniestro entre las ramas estruendosas. Por encima de sus ondeantes copas verdes, lo poco que se podía distinguir del cielo iba en descenso, el aire adquiriría profundidad, peso, como un mundo inmerso en aguas turbias. El anciano avanzaba por una realidad intensificada, impregnada de la urgencia que transmitía el aire. Los relámpagos fulguraban silenciosos desde ninguna parte, siniestramente fosforescentes en el verde irreal del bosque, y Oliver aceleró sus pasos, su marcha agarrotada y espasmódica, una silueta cómica resucitada de una película antigua.

Bajó por un sendero, ralentizando su descenso de árbol en árbol, cruzó con cautela una cerca de alambre de espino para acceder a una planicie invadida de malas hierbas y alcanzar el camino que pasaba por delante de su granero. Al salir al solar de la granja pudo ver, por encima del gris desvaído de la casa, que estaba empezando a llover, más allá del polvo pálido de la carretera, donde el campo de tono pastel daba paso al contorno oscuro del bosque, vio que el horizonte se disolvía en una cortina oblicua de lluvia y que la sacudida de la maleza avanzaba hacia él con ímpetu aciago.

Llegó apresurado a la puerta de atrás justo cuando las primeras gotas comenzaron a canturrear sobre la chapa. La habitación estaba oscura y abarrotada, las formas apenas se distinguían, como parientes benévolos desprendidos del fresco ectoplasma de la sombra. Vació el contenido del saco en una palangana esmaltada y se volvió hacia el fogón para sacar del calentaplatos una cacerola de alubias. Se sirvió unas cuantas en un plato, cogió el trozo de pan que había sobrado del desayuno y colocó el plato sobre el depósito del fogón para ponerse un poco de café frío en un tazón de barro cocido. Recuperó el plato y, superando el desnivel, pasó de la cocina alargada al salón a través de una estancia casi tan oscura como la cocina en la que había piezas de mobiliario disparejas, escombros aleatorios varados en el tiempo.

Abrió de una patada la puerta mosquitera y salió al porche. El ruido se intensificó, era un porche descubierto y el tamborileo sobre la chapa excluía

cualquier otro sonido, incluso el viento que azotaba los árboles parecía haber enmudecido.

Comió en un balancín que colgaba de unas cadenas clavadas a las vigas y cuando terminó dejó el plato en la tarima, junto a sus pies, y se bebió el café con parsimonia, con la mirada perdida más allá del jardín, donde el camino de tierra se había convertido ya en un barrizal. Llovía a cántaros, al agua se vertía por la chapa sin acanalar y al momento se disipaba con las embestidas del viento. Los truenos retumbaban casi sobre su cabeza y cayeron unas cuantas bolas de granizo que resplandecieron dispersas y blancas como perlas en el barro. Los árboles no cesaban de moverse, todo lo que alcanzaba a ver desde su posición estaba animado. El aire, saturado de cascarilla, parecía cargado de electricidad, un mundo ilusorio.

Se pasó un buen rato escuchando la lluvia soporífera y cuando se acabó el café dejó el tazón sobre el plato. La humedad había oscurecido el extremo del balancín que daba al jardín y la ropa se le había empapado con las salpicaduras, pero no se movió. El furor de la tormenta se fue sosegando y la intensidad de la lluvia se estabilizó, el bosque al otro lado de los campos cobró nitidez, como una escena vista a través de un cristal desempañado o de una turbulencia inmovilizada a la fuerza. Empezó a adormilarse. Al final se quedó dormido con las manos de enormes nudillos y llenas de cicatrices sobre las rodillas y la cabeza apoyada en la cadena tirante. De vez en cuando le temblaban los párpados con fragmentos de sueños, sueños de cuando era joven, sueños fogosos de hornos siderúrgicos y ferrocarriles, sueños de paredes, de barrotes y de un tiempo construido con el mismo esmero y cuidado con el que un albañil erige un edificio de piedra.

Se despertó ya bien avanzada la tarde, caía una llovizna plomiza sobre el tejado y el aire se notaba más fresco y más limpio. Se sacó del bolsillo una bolsa de tabaco de hebra gruesa y se puso a cargar la pipa. La encendió con una cerilla de cocina y se quedó sentado, perplejo, fumando y dejando que se desmoronase lo que quedaba de tarde. Tenía la apariencia de alguien acostumbrado a esperar.

El único indicio de que alguna vez se había dedicado a cultivar la tierra era la heterogénea colección de equipamiento obsoleto que yacía desperdigada por

el solar, discos, segadoras, trillos de aspecto arcaico, como piezas abandonadas por un hombre primitivo, todo oxidándose sin prisa. Habían pasado años, pero aún sentía cierta afinidad por la tierra y el registro de las estaciones. Había algo reconfortante en la lluvia, la hierba escasa de su jardín había estado agonizando en parches circulares y hasta los árboles habían empezado a tener un aspecto aturdido y marchito. Sospechaba secretamente un desinterés por parte de los dioses, indiferencia o incompetencia en las altas esferas.

Entre las cuatro y las cinco hizo su aparición el chico de los Winer y Oliver, que seguía en el porche, lo vio llegar desde lejos. En realidad le estaba esperando. A veces el tiempo le pesaba demasiado en las manos y había semanas en las que las únicas palabras que pronunciaba eran las que le dirigía al joven Nathan Winer. Contempló al chico con obvio afecto. Hubo un tiempo en que tuvo un hijo y aunque el chaval, de haber sobrevivido, sería ya adulto, siempre que pensaba en él le adjudicaba la edad del joven Winer.

Cuando Winer pasó por delante de la casa, Oliver le saludó:

–Muchacho, harías bien en entrar y ponerte a cubierto.

Winer estaba empapado, la camisa y los pantalones, varias tallas más grandes, aleteaban al viento, tenía el pelo revuelto y aplastado. Obedientemente, abandonó la carretera y cruzó el jardín hacia el porche. Había zonas en las que el barro era tan profundo que se le hundían los pies hasta los tobillos, como succionados por una ventosa.

–Sube y sal de ese diluvio.

–Demasiado tarde –dijo Winer–. Imposible mojarse más.

Pero subió de todas formas y se apoyó en uno de los pilares. Se apartó el pelo de la cara y se secó los ojos con una manga chorreante. Había en él algo extrañamente transitorio, como si en cualquier momento fuese a desaparecer.

–Menuda tromba, ¿eh?

–Gotas como ubres de vaca –convino Oliver–. ¿Has estado trabajando ahí fuera con la que está cayendo?

–No, hemos estado dentro, limpiando el gallinero. Dándole a la pala y cargando remolques.

–Me parece que el viejo Weiss podría haber tenido el detalle de acercarte a casa.